

HORACIO MENDIZABAL: POETA DE COLOR EN EL BUENOS AIRES DEL SIGLO XIX

I. — Las musas porteñas en la segunda mitad del siglo XIX. Jorge Miguel Ford y su estudio sobre los beneméritos de la estirpe negra. Horacio Mendizábal, su biografía. Actuación filantrópica durante la fiebre amarilla de 1871. Sectarismo racial de la época. II. — *Primeros Versos*. Propósitos que le impulsan a publicarlos. Su tristeza e influencias. Poema sobre el arte de componer un soneto. Valor del libro. III. — *Horas de Meditación*. Importancia del libro para el estudio de la sociedad rioplatense del siglo XIX. Su definición de la poesía. Defensa que realiza de los morenos vejados y oprimidos por la segregación racial. Sus opiniones sobre esos aspectos. Los poemas de *Horas de Meditación*. Apóstrofe contra Rosas. Traducciones del francés e italiano. Poemas escritos por el autor en esos dos idiomas. Su drama "Mujer celosa". Opiniones que expresa sobre la sociedad de la época.

I

Las musas porteñas de la segunda mitad del siglo pasado se engalanaron con la presencia de poetas de indudable valor para los círculos literarios de la pequeña ciudad finisecular. Almanagues, revistas y periódicos publicaban sus producciones, características, en la mayoría de los casos, por su tardío romanticismo y ambiente familiar. No es nuestro propósito en esta oportunidad estudiar la obra de esos vates porteños, ni realizar la crítica de sus producciones, tantas veces recordada por escritores y ensayistas.

En esa pléyade, donde figuraban Martín García Mérou, Gervasio Méndez, Estanislao del Campo, Rafael Obligado, Carlos Guido y Spano, José Hernández y otros de no menor valía, hallamos algunos nombres hoy olvidados, cuyas obras

descansan junto al polvo en los anaques de las bibliotecas. Hemos de referirnos en esta ocasión a uno de ellos, joven poeta malogrado a los pocos años, "hombre de color", como se acostumbraba llamar en aquella época a los pardos y morenos. Su nombre: Horacio Mendizábal.

Jorge Miguel Ford en su raro y curioso libro titulado *Beneméritos de mi estirpe* esboza la biografía de varios descendientes de los antiguos esclavos africanos llegados al Río de la Plata que se destacaron en las letras, la música o la carrera de las armas. Tiene lugar predominante en sus páginas el poeta Horacio Mendizábal, proporcionándonos los escasos datos biográficos que poseemos sobre su vida (1).

Nos refiere el autor citado que el joven poeta de color actuó en las comisiones populares formadas durante la fiebre amarilla que azotó a Buenos Aires en 1871, para ayudar al vecindario.

"Joven filántropo —escribe—, cuando el flagelo de 1871 desbordaba sus raudales de muerte en Buenos Aires, no pudo contener los impulsos de su corazón jeneroso i corrió a ofrecer sus servicios a las víctimas, ocupando el puesto de secretario en la junta popular presidida por el doctor Roque Pérez, que en compañía del distinguido orador, Héctor Florencio Varela, el doctor Argerich i otros, se multiplicaban por mitigar los dolores i aislar la epidemia: pero el secretario de la Junta, el poeta joven, el jeremías de su estirpe, no era in-

(1) FORD, JORGE MIGUEL, *Beneméritos de mi estirpe*, Esbozos sociales. Dedicado al Dr. Joaquín Castellano, La Plata 1899. 126 p. Con un prólogo de Augusto Marcó del Pont titulado "La redención de una raza". De esta obra existe un ejemplar en la Biblioteca Nacional de Buenos Aires, Nº 284-487. El autor, también moreno, estudia sintéticamente la obra de varios hermanos de su raza que llegan a destacarse en el país en diferentes actividades. Mencionamos a continuación los personajes que registra: Lorenzo Barcala, coronel de la nación; Domingo Sosa, coronel; Felipe Mansilla, sargento mayor; Casildo Thompson, teniente coronel; Federico Espinosa, compositor; José María Morales, coronel; Horacio Mendizábal, poeta; Eugenio Sar, filántropo; Manuel G. Posadas, periodista; Froilán Bello, poeta y escritor; Zenón Rolón, compositor; Tomás Platero, escribano público; Casildo G. Thompson, intelectual; Eduardo Magee, alférez de navío.

mune al virus como lo era a la maldad, i el jérmen febrisciente calcinó su cabeza benemérita i su espíritu altivo, i la muerte, le arrasó a los 24 años, dejando su memoria en el corazón de los que se entusiasman a los reflejos de la estrella intelectual, i de los vástagos del árbol africano, de quién fueron prónubos los avances, los que la esclavitud i la ignorancia de aquellos era el oasis de su bienestar" (2).

Son éstos —aparte de la mención del libro *Horas de Meditación*— los únicos datos que aporta Ford, "hombre de color", como el poeta, a la biografía de Horacio Mendizábal. En las páginas de su trabajo adquiere capital importancia la queja amarga de su raza contra los esclavizadores de antaño. Recuerda a sus hermanos, los morenos llegados en los siglos XVII y XVIII con la marca estampada con hierro candente sobre sus pechos —como en el ganado caballar y vacuno— y pesadas cadenas que detenían el deseo de huir (3). Era la raza que bullía en su pluma; el rencor del siervo que había conquistado su libertad en los albores de la patria. El poeta sufrió la condena y el aislamiento que numerosos blancos imponían a los nietos e hijos de aquellos esclavos. El color aun pesaba en la sociedad aristocrática de Buenos Aires. Eran los antiguos descendientes de los estancieros de la colonia y los paniaguados del régimen de Rosas los más intransigentes en esas cuestiones raciales. Difícil era la lucha para cruzar la barrera del sectarismo social, impuesto en muchos ambientes de la ciudad, como tendremos ocasión de referir en otra ocasión. Los blancos —los de cierta condición econó-

(2) Horacio Mendizábal nace en Buenos Aires en 1874. De su vida y estudios nada sabemos. Creemos vivió en San José de Flores algún tiempo, debido a los poemas que escribe dedicados a este pueblo y otras menciones que realiza en sus obras. Muere, como afirma Ford, durante la peste que azota la ciudad en 1871, contando apenas veinticuatro o veinticinco años.

(3) Sobre las marcas de fuego aplicadas a los esclavos véase nuestro artículo *El primer libro de entrada de negros esclavos a Buenos Aires*, Revista de la Universidad, Publicación de la Universidad Nacional de la Plata, República Argentina, N° 2, La Plata, Octubre-Diciembre de 1957, p. 139-143.

mica— a pesar de no establecer la democrática ley nacional ninguna diferencia entre las razas, imponían la segregación en determinados ambientes.

Contra todo aquello se revela el poeta Horacio Mendizábal en los cortos años de su vida. Lucha denodadamente por obtener la igualdad para sus hermanos de color; escribe en los periódicos enconadas críticas contra la actitud racista de los “arios” porteños; desde el libro combate sin temor, exponiendo sus opiniones en una prosa que revela su carácter, modulado en el menosprecio de su piel oscura.

II

Primeros versos denomina a un libro de poemas que publica en 1865 en la ciudad de Buenos Aires, contando apenas dieciocho años (4). En el prólogo expone las intenciones que le impulsaron dar a las prensas aquellas composiciones, fruto de los años de adolescente, con palabras y frases que revelan su ingenuidad. No pretende el autor ser poeta, juzga esas producciones “áridas y, quizá, imperfectas rimas”, denominándolas “flores nacidas en frío y desolante páramo; tristes y raquílicas matas en medio del desierto — sin verdor ni lozanía”. En el prólogo, como más adelante en los poemas, denota una enorme tristeza, nacida, como hemos dicho, de las dificultades que imponían las condiciones sociales en los duros tiempos que le tocaban vivir. Son en su totalidad el fruto de sus cortos años: las ingenuidades de un niño, que deja entrever en alguna oportunidad el ingenio de su espíritu. No queremos dejar pasar estas líneas sin reproducir otras opiniones que vierte sobre su obra poética.

“Me encuentro —anota— en la falda del elevado monte, extasiándome al contemplar su excelsa cúspide, donde pen-

(4) MENDIZÁBAL, HORACIO, *Primeros Versos*, Buenos Aires, Imprenta de Buenos Aires, frente a la casa de Gobierno, 1865, 187 p. Ejemplar de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires, N° 82. 496.

sé llegar; pero, la escala se trozó, al apoyarla en los esmeraldinos muros, y yo quedé condenado a vagar por su extensa plataforma, sin merecer una sola mirada del celeste coro". No pretende ser poeta, tampoco lo desea; apenas un corto vuelo, sin altura.

El libro que comentamos contiene diversas producciones del vate moreno: escribe a sus parientes en fiestas familiares, a la patria, el amor, la dicha, la tristeza... Se inspira en los mismos temas de los poetas de aquella segunda mitad del siglo pasado. Una de las composiciones titulada "El huérfano" la dedica a su tío Federico Mendizábal "y a su noble familia"; otra, siempre en el mismo estilo pueblerino, al colegio de San José de Flores en su inauguración. En la colección de poemas se encuentra uno que por la curiosidad del tema —a pesar de su pésima factura— no queremos dejar de mencionar. Se titula: "¿Soneto hacer pretendes, caro amigo? Pues, sígueme en las reglas que te digo". Inspirado, lógicamente, en el conocido soneto de Lope: "Un soneto me manda hacer violante", difiere del anterior —perdonándosenos el símil— en muchos aspectos. Expresa en la citada composición:

I

Para hacer un soneto es necesario,
Ante todo, reunir vuestras ideas
Y aquellas que juzgáres, o que veas,
Que oscuras son echarlas al osario.

Luego —como aquí, yo, que busco en *ario*—
Los consonantes busca que desees,
Tomando las dicciones que tú creas
Las dulzuras imiten del canario.

A más de esto, si quieres que soneto
Llamarse pueda lo que a hacer te pones,
Necesitas hacer doble *cuarteto*,

Es decir, dos, que, como dos pelones,
O como gotas dos son semejantes,
Sean, ambos, de iguales consonantes.

II

Arriba, en el soneto que ha quedado,
Doite mas reglas, mi lector curioso;
Pongo: el soneto es ingenioso
Bastante más de lo que habrás juzgado.

Pon, además, particular cuidado
Que este breve trabajo *tan gracioso*,
Tenga tan solo, término imperioso
Catorce versos, que si no no es *Sonado*.

Del primo verso es uno el consonante
Con cuarto, quinto, octavo, que consuene;
Deben rimar, por ser regla constante,

Segundo, sexto, séptimo y tercero;
Quedando los *tercetos* —¡Que conviene!—
A gusto y voluntad del *sonetero*.

III

El segundo de sus escritos poéticos, se titula *Horas de Meditación* (5). La portada de esa edición lleva una frase que delata sus intenciones y su espíritu: “Canto para las almas inocentes y puras”. En caracteres de imprenta se estampa una dedicatoria al entonces presidente de la República Domingo Faustino Sarmiento (6).

(5) — — *Horas de meditación*, Canto para las almas inocentes y puras. Buenos Aires 1869, 415 p. Ejemplar de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires, N° 25.294.

(6) Escribe en la primera página: “Dedicatoria al eminente educacionista argentino y Presidente de la República Domingo Faustino Sarmiento”

La introducción de éste su segundo y último libro presenta mayor interés que los poemas, por tratarse de un alegato social en defensa de sus hermanos de color. Allí se define como laico ferviente, atacando sin temor alguno a la iglesia católica y a sus representantes. Se queja con amargura de la religiosidad de las matronas porteñas refiriendo:

“Y así vemos con dolor que las matronas americanas, las madres de los más esclarecidos campeones de la libertad, frecuentaban el confesionario de Loyola, o *sentían bajar a ellas el espíritu de Dios*, al escuchar las arengas anuales que, vaciadas en un mismo molde, pronunciaban los hijos de Torquemada”.

Esas palabras prosiguen en el mismo tono polémico, sin desperdiciar el autor adjetivos ni frase alguna para lograr el fin que se ha propuesto. Pasa más adelante a definir la poesía como el “lenguaje sublime del corazón, del sentimiento, que pronuncia las eternas verdades, los axiomas universales de política y de virtud”.

Cree que el poeta debe estar comprometido en la lucha de un ideal, recordándonos idéntica posición adoptada en nuestros días por determinados escritores.

“La poesía —anota— está destinada a levantar de su marasmo a una raza desvalida, condenada a la esclavitud, al servilismo, al envilecimiento moral y material”. A partir de ese momento inicia un extenso e interesante alegato contra los prejuicios de la época, donde las palabras le sirven de arma para luchar enconadamente por sus ideales. No teme herir a nadie, ni deja de expresar lo que siente al decir las verdades que lleva en su puño moreno:

“Cómo en nuestro siglo decir a un hombre en su cara: ¡Negro! tú trabajarás para mí, tú serás mío, mi esclavo, mi cosa ¡Yo tu amo!”.

La esclavitud, aún en vigencia en munerosos países americanos, le indigna de sobremanera. Por esa causa en el prólogo se queja del trato infamante dado a sus hermanos, acusando a los comerciantes y autoridades por permitir toda cla-

se de vituperios hacia los hombres de color. “Y entretanto —refiere— el hijo del pobre africano vejeta en la más crasa ignorancia, en las plantaciones del Brasil, o en las islas americanas, que aun conserva la infeliz España”. La segregación racial predominaba en la totalidad de los países de nuestro continente, mal que aún muestra sus profundas raíces en la sociedad actual, en especial entre las clases pudientes y la llamada “aristocrática”, descendiente esta última de pulperos y tenderos adinerados a costas del robo y la política.

Al negro se relegaba a los trabajos más rústicos, cerraban las puertas de los colegios a sus hijos; la universidad no les permitía la entrada a sus claustros, las sociedades literarias veían con malos ojos que los descendientes de los antiguos esclavos supieran de letras y libros...

Todos esos motivos hacen estallar de indignidad al joven Horacio Mendizábal, deseando imponer el trato igualitario para sus compañeros y hermanos. Su voz posee tinte revolucionario en la ciudad finisecular, su puño se alza amenazadoramente. “No le proscibáis —anota— en colegios de castas; no le rebajéis; pensad que son vuestros hermanos; pensad que como vosotros son la obra de Dios: una frente más o menos tostada no desdora; un corazón virgen y sencillo, es el mayor de los tesoros”.

Su prosa se transforma, como hemos dicho, en arma indispensable para obtener los derechos e igualdades. Pregunta por esa razón a los perseguidores:

“¿Tendríais horror de ver un negro sentado en el primer puesto de la república? ¡Y por qué, si fuese ilustrado como el mejor de vosotros, recto como el mejor de vosotros, sabio y digno como el mejor de vosotros!

¿Tan sólo porque la sangre de sus venas fue tostada por el sol de Africa en la frente de sus abuelos?”

Agrega luego:

“¿Tendríais horror de ver sentado en los bancos del parlamento a un hombre de los que con tan insultante desdén llamáis *mulato*, tan sólo porque su frente no fuese del color de la

vuestra?. Si eso pensáis —termina diciendo—, yo me avergüenzo de mi pueblo y lamento de su ignorancia”.

Su obra, como podemos ver, es enteramente de lucha; asume la defensa de los hombres de su raza, como lo hicieron en los comienzos del siglo los morenos de Haití, primer país de origen latino que logra su independencia en nuestro continente.

Ricardo Rojas, en su *Historia de la Literatura Argentina*, en el capítulo denominado “Las promesas de la gloria”, hace referencia a la obra poética del “bueno de Horacio Mendizábal”, como lo denomina al estudiar sus producciones (?), sin mencionar el lugar de nacimiento y otros datos biográficos. Analiza las influencias que recibió Mendizábal en la elaboración de su obra. “Fluctúa su fantasía —afirma— entre las tendencias clásicas del sáfico adónico y de un poema sobre Píramo y Tisbe y el romanticismo de sus cantos a la noche, o mezcla de ambas escuelas en unos versos a la luna” (8). Creemos con el autor citado que el poeta carecía de personalidad artística y de ingenio poético. No llega nunca a la belleza en los irregulares versos, escritos en un castellano de endiablada sintaxis. El valor de sus trabajos reside en el alegato que sostiene en defensa de los “hombres de color”, en la intención social de sus poemas, la corta edad del poeta y las dificultades enormes que tuvo que sortear para llegar al libro y al periodismo. . .

Los títulos de sus composiciones nos refieren las inquietudes del vate moreno; anotamos a continuación algunos para compenetrarnos de los gustos poéticos de aquella época: Dios, Suspiro, Himno a Mayo, Caridad, Calumnia, A un Angel, Argentino, Plácido, El Bastardo, El Sepulturero, Locura de Amor, La Enferma, Amor Primero, etc. . . .

Enfermedades, cementerios, noches de luna, primeros

(?) ROJAS, RICARDO, *Historia de la Literatura Argentina*, Cuarta Parte, *Los Modernos*, Tomo 1º, Editorial Lozada, S.A. Buenos Aires, 1948. pág. 316.

amores y otros temas señalan indudablemente la fibra romántica de Horacio Mendizábal. Como Mármol, el poeta de la proscripción, escribe un soneto contra el tirano derrocado por Urquiza, donde fija su posición política y religiosa. En esos versos expresa:

El azote de un pueblo ensangrentaba
El lecho conyugal de las esposas,
Y la cárcel el hierro o las esposas
De terror el espíritu embargaba.

El sacerdote impúdico vejaba
De las masas las fibras generosas
Con su ídolo de barro, el fiero Rosas
Mas *rosas* cuyo aroma emponzoñaba.

Hombres vendidos al mandón sangriento
De su carro tiraban con sus manos
Y a sus piés se arrastraban mesalinas.

Mas llegó de los buenos el contento:
Que al fin seguro tengan los tiranos
El ver su trono derrumbarse en ruinas.

Horacio Mendizábal publica en su poemario *Horas de Meditación* algunas traducciones del francés e italiano, acompañadas del texto original. En el primer idioma lo hace con producciones de Beranger y Lamartine; del primero "El judío errante" y del romántico "El poeta moribundo", que denotan sus influencias y predilecciones literarias.

Es interesante señalar sus intentos de escritor en las dos lenguas mencionadas. Esos ensayos, de pobrísimo valor, los denomina: "Sei troppo bella", "Il gondolero di Venezia", "Ottimé", "Elegie", "Foi, Esperance et Charité".

El mismo concepto que nos merecen los poemas mencionados se puede expresar del drama en tres actos que incluye en su libro y que titula "Mujer celosa", de débil argumento, donde repite lugares comunes de un tema tratado hasta el cansancio en la época.

Para poner punto final a estas líneas sobre Mendizábal transcribimos algunos de los versos del poema que titula "Mi canto", donde expone sus sentimientos y desdichas frente al mundo que le toca vivir:

Aislado estoy en medio de los hombres
Aislado en una viva sociedad,
De la que veo los brillantes nombres.
Sus títulos, grandezas y renombres,
Y también su miseria y su maldad.

Aislado como sus hermanos, sufría la maldad de la sociedad de la época y de sus compatriotas adinerados gracias a los espléndidos negocios que realizaron sus padres y abuelos, muchos en la trata de esclavos, otros tiempos más tarde, vendiendo armas a los ejércitos de la Independencia, mientras los morenos dejaban la vida en los campos de batalla de la tierra americana que había encadenado sus cuerpos.

RICARDO RODRIGUEZ MOLAS

